

VIERNES SANTO

Nuestro sí al misterio del amor que redime al mundo

ECCLESIA

02_04_2021

**Angelo
Comastri***



“Soy contemporáneo de Cristo que voluntariamente muere por mí, por mi pecado. El Hijo de Dios se convirtió para mí como el hijo pródigo” (cf. Gálatas 3, 13). “Él soportó nuestros dolores” (cf. Isaías 53:4) “para abrirnos el camino de la alegría de poseer a Dios

y de ser poseídos por Dios" (cf. 1 Juan 3,1).

¿Por qué?

Aquí reside el increíble misterio del amor de Dios y el corazón de todo el cristianismo. Si busco una razón para el amor de Dios por mí, no la encuentro. Es gratis; es ágape, es un don de uno mismo. De hecho: "Dios demuestra su amor por nosotros en el hecho de que cuando todavía éramos pecadores, Cristo murió por nosotros. Ahora, casi nadie está dispuesto a morir por un justo; tal vez alguien se atrevería a morir por una buena persona (comportamiento de los hombres). Pero Dios muestra su amor por nosotros en el hecho de que, siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros" (Romanos 5: 7ss).

El amor de Dios es ágape, es una iniciativa libre que precede a cada una de mis respuestas. Juan explica esta verdad: "En esto el amor de Dios se manifestó en nosotros: Dios envió a su Hijo unigénito al mundo, para que tengamos vida por él. En esto está el amor: no amamos a Dios, sino al que nos amó y envió a su Hijo como víctima de la expiación de nuestros pecados" (1 Juan 4, 9-10).

"Dios es amor [= amor gratuito]; el que permanece en el amor permanece en Dios y Dios permanece en él" (1 Juan 4,16). Por tanto, nadie puede jactarse ante Dios: "¿Dónde, pues, está la jactancia? ¡Fue excluido!" (Romanos 3,27).

A nosotros nos queda es amar como Dios ama: "¡Nosotros amamos [con ágape] porque él nos amó primero [con ágape]!" (1 Juan 4:19).

Si el cristiano carece de ágape (= amor gratuito), su cristianismo es nulo, no existe.

"Si tengo el don de profecía y entiendo todos los misterios y poseo todo conocimiento, y si tengo una fe que logra trasladar montañas, pero me falta el amor, no soy nada" (1 Corintios 13,2).

En este misterio (ágape) se reencuentra el amor de Dios y del prójimo: "Por eso me ama el Padre [el amor de Dios]: porque entrego mi vida para volver a recibirla [el amor al prójimo]" (Juan 10, 17): Dios es un don de uno mismo; quien vive entregándose posee a Dios porque ha acogido dentro de sí el misterio de Dios.

Entonces, ¿quién es el cristiano?

Cristiano es el hombre que vive de la fe (cf. Romanos 1, 17), es decir, que ha regulado toda su existencia en la única posibilidad que le abre Jesucristo, obediente por todos nosotros hasta llegar a la cruz (cf. Filipenses 2, 8): la posibilidad de participar en el sí

obediente que redime al mundo.

El misterio de Cristo pasa al cristiano, que debe tener en sí el Espíritu de Cristo que lo impulsa a ofrecerse libre y gratuito por la salvación del mundo. El cristiano vive en esta fe y tiene en sí el misterio de la muerte y de la resurrección (cf. Romanos 6,4 y todo el capítulo). Y si alguno no tiene este Espíritu de Cristo, no es de Cristo (cf. Romanos 8, 9).

La presencia del misterio de la muerte y resurrección de Cristo en la vida del cristiano lo lleva a una controversia interior con el mundo en cada vanidad. Está crucificado con Cristo (cf. Gálatas 2,20) y vive de Cristo deseando su regreso (cf. Apocalipsis 22,20) y prefiriendo a Cristo que cualquier otra cosa o persona, porque si quiere ser discípulo de Jesús debe negarse a sí mismo en su carne (cf. Lucas 9,23) y perder su vida humana por Cristo (cf. Lucas 9,24).

En esta elección, el cristiano sabe que existen persecuciones, burlas, choques incluso con las personas más cercanas y amigas. El cristiano los acepta porque sabe que el amor de Cristo trae división (cf. Lucas 12, 51) y escándalo para los que no creen. Su maestro se lo había predicho: el discípulo no puede tener un destino diferente al del maestro (cf. Juan 15, 18 ss.).

El cristiano no busca la controversia, pero, si viene, lo acepta serenamente porque para él es necesario dar testimonio de Cristo: de hecho, si el cristiano se avergüenza de Jesús y de su palabra, Jesús se avergonzará de él cuando venga en su gloria y en la del Padre (cf. Lucas 9, 26-27).

El cristiano no busca esta polémica con el mundo. Es el mundo que combate contra el cristiano y lo lleva también al martirio. Pero el cristiano ama gratuitamente como Jesús y en este amor gratuito revela a Dios.

“Hasta esta hora padecemos hambre, tenemos sed, estamos desnudos, somos abofeteados, y no tenemos morada fija. Nos fatigamos trabajando con nuestras propias manos; nos maldicen, y bendecimos; padecemos persecución, y la soportamos. Nos difaman, y rogamos; hemos venido a ser hasta ahora como la escoria del mundo, el desecho de todos” (1 Co 4, 11-13).

“... nos recomendamos en todo como ministros de Dios, en mucha paciencia, en tribulaciones, en necesidades, en angustias; en azotes, en cárceles, en tumultos, en trabajos, en desvelos, en ayunos; en pureza, en ciencia, en longanimidad, en bondad, en el Espíritu Santo, en amor sincero, en palabra de verdad, en poder de Dios, con armas de justicia a diestra y a siniestra; por honra y por deshonra, por mala fama y por buena

fama; como engañadores, pero veraces; como desconocidos, pero bien conocidos; como moribundos, más he aquí vivimos; como castigados, mas no muertos; como entristecidos, más siempre gozosos; como pobres, más enriqueciendo a muchos; como no teniendo nada, más poseyéndolo todo" (2Corintios 6: 4-10).

Las palabras de Jesús también son válidas para el cristiano: "Mirarán al que traspasaron" (Juan 19,37).

El amor es la constatación de que el cristiano permanece en Jesús y lo posee, por eso el cristiano no busca disputas y divisiones con sus hermanos, sino que busca la fusión de la caridad con todos en la paciencia del amor.

Quien no lo hace no puede ser llamado cristiano fiel, porque peca contra Cristo (cf. Tito 3, 10-11) y sólo tiene que dejar la comunidad, porque su corazón ya está fuera de ella.